Todos los Santos de la Orden

13 de noviembre

Laudes y vísperas vocacionales

Agustinos

LAUDES AGUSTINIANAS

Hoy, cumpleaños de san Agustín, nacido el 13 de noviembre del año 354, celebramos en una sola fiesta, junto con los santos y beatos de las tres Órdenes agustinianas reconocidas por la Iglesia, a todos los religiosos y religiosas justos de toda lengua, tribu, raza y nación, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 7, 9; 20, 12). Es una acción de gracias a Dios por el don de la santidad que copiosamente ha derramado en la historia de nuestras Órdenes, y una invitación a seguir las huellas de tantos hermanos y hermanas que han acogido de corazón el Evangelio y han vivido fielmente su consagración al Señor.

Invitatorio: Breviario

HIMNO:

Señor, que nos purificas y dispones para
la vida eterna, atiéndeme propicio.
Ya te amo sólo a ti. A ti busco.
A ti sigo. Tuyo sólo quiero ser.

Recibe, Señor, a un fugitivo que huye
de las cosas terrenas. Esas cosas que me

retuvieron cuando aún no te pertenecía
y vivía lejos de ti.

Ahora comprendo la necesidad de volver a tu casa. Ábreme la puerta, porque estoy llamando. Enséñame el camino, porque quiero llegar hasta ti.

Sé que lo caduco y transitorio debe despreciarse para ir en pos de lo seguro y de lo eterno.

Hago sólo esto, Padre, porque esto sólo sé,
y todavía no conozco la senda que me lleva hasta ti.

Enséñamela tú y dame fuerzas para recorrerla. Si con la fe llegan a ti los que te buscan, dame fe.
Si con virtud dame virtud.
Si con ciencia, dame ciencia.

Acrecienta en mí la fe. Acrecienta la esperanza. Acreciéntame el amor. (*Sol*. 1, 5-6)

SALMO SOBRE LAS CONFESIONES

ANTÍFONA: Señor Dios mío, descúbreme mi propio yo (Conf. 10, 37, 62)

Dios mío, ¿quién me hará descansar en ti?

¿Quién me dará que vengas a mi corazón y lo

embriagues para que me olvide de mis maldades y me abrace a ti, mi único bien?

¿Qué eres tú para mí? Y ¿Qué soy yo para ti?

¿Por qué me mandas que te ame y te enfadas

conmigo y me amenazas con la mayor de las

miserias si no lo hago? ¿No es acaso, miseria

suficiente la de no amarte?

Señor y Dios mío, dime por tus misericordias qué eres tú para mí. Di a mi alma: yo soy tu salvación.

Díselo en forma tal que llegue a entenderlo.

Los oídos de mi corazón están ante ti. Señor,

ábrelos tú, y dile a mi alma: yo soy tu salvación.

Que yo corra tras esa voz y te dé alcance a ti.

No te escondas de mí. Muera yo para que no

muera y pueda ver tu rostro.

Angosta es la casa de mi alma para darte cabida.

Ensánchamela tú. En ruinas la tengo. Repáramela tú.

Cosas hay en ella que ofenden a tus ojos. Lo sé y lo confieso.

Creo y por eso hablo. Tú lo sabes, Señor.

No entro en juicio contigo, porque si tú miras las iniquidades,

¿Quién podrá subsistir?

Permíteme con todo a mí, polvo y ceniza,

Hablar en presencia de tu misericordia. Sé que, al hacerlo, no hablo a hombres que puedan reírse de mí.

Aunque quizá mis palabras te causan risa a ti, al menos cuando te vuelvas a mi sé que de mi tendrás misericordia. (*Conf*. 1, 5, 6)

Gloria al Padre…

ANTÍFONA: Señor Dios mío, descúbreme mi propio yo (*Conf*. 10, 37, 62)

POLISALMO MEDITATIVO TOMADO DE LAS OBRAS DE SAN AGUSTÍN

(Se invita a recitar espontáneamente alguna de las estrofas)

ANTÍFONA: Señor, que yo te conozca a ti, que me conoces. Que yo te conozca a ti como tú me conoces a mí (*Conf*. 10, 1, 1).

Entra en tu casa para habitarte a ti mismo. Y deja entrar a Dios para ser habitado por él (*In Ps*. 131, 12).

Estás en Dios, porque Dios te contiene. Dios está en ti, porque has sido hecho su templo (*In. Joan*. 48,10).

Dios empieza a habitar en ti cuando tú empiezas a amarle a él. Ama, pues, cada vez más a tu habitador

para que, habitando en ti más perfectamente, Él te lleve a la plenitud de la perfección (*In epist. Joan*. 8, 12).

Dios, contigo, no es más. Tú, sin él, eres menos.

Súmate, pues, a él, no te restes. Si te acercas a él, te rehaces. Si te apartas de él, te

deshaces (*In Joan*. 11, 5).

Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti (*Conf*. 1, 1,1).

Puesto que estamos de paso en el mundo, hagamos obras que no pasen, a fin de que, cuando hayamos pasado del todo y llegado al término del que no se pasa, volvamos a encontrarnos con ellas (*Serm*. 111, 2).

De nada sirve la confesión de los labios si no va acompañada de la profesión del corazón (*Serm*. 365).

Si quieres seguir a Dios, deja que él tome la iniciativa.

No trates de que él se haga tu seguidor (*In Ps*. 124, 9)

Dios no te ama por lo que eres, sino por lo que Él quieres que seas. En tanto tiene misericordia de ti en

cuanto, odiándote como eres, quiere hacerte mejor (*Serm*. 9,9).

¿De qué sirve la señal de la cruz sobre la frente cuando esa misma señal no se hace en el corazón?

Dios no quiere pintores de sus signos, sino “hacedores” de ellos. (*In ps*. 50, 1).

No es difícil escuchar a Cristo, alabar su Evangelio o aclamar al predicador. Otra cosa es seguir a Cristo hasta el final, oír la voz del Buen Pastor y ser parte de su rebaño (*In Joan.* 45, 13).

Confiesa a Dios con tus palabras, diciendo la verdad y con tus obras, viviendo en rectitud (*Serm*. 143, 13).

La búsqueda de Dios es la búsqueda de la felicidad y el encuentro con Dios es la felicidad misma (*De mor. Eccl.cath*. 11, 18).

Donde están la fe, la esperanza y la caridad, allí tiene Dios su retrato (*In ps*. 48, 2, 11).

¿Quieres saber qué clase de persona eres? Pon a prueba tu amor. ¿Amas las cosas terrenas? eres tierra. ¿Amas a Dios? No tengas miedo en decirlo: eres Dios (*In epist. Joan*, 2, 2,14).

Gloria al Padre…

ANTÍFONA: Señor, que yo te conozca a ti, que me conoces. Que yo te conozca a ti como tú me conoces a mí (*Conf*. 10, 1, 1).

LECTURA BREVE: (Jn 1, 38-39)

Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: ¿Qué buscáis? Ellos le respondieron: *Rabbí* –que quiere decir, Maestro- ¿Dónde vives? Les respondió: "Venid y lo veréis". Fueron, pues, vieron

dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima.

ANTÍFONA DEL BENEDICTUS: Tú me diste una vocación, llamándome a la fe. Yo te doy mi invocación, llamando a tu puerta en esperanza (*In Joan*, 40, 10)

BENEDICTUS

PETICIONES

- Para que sigamos atentos a la llamada que Dios nos sigue haciendo cada día a seguirle. **Roguemos al Señor.**

- Para que la vivencia alegre de nuestra vocación sea un testimonio de vida para nuestros destinatarios. **Roguemos al Señor**.

- Pidamos por todos los agustinos de nuestra Orden y por toda la familia agustiniana para que ayudemos a que los jóvenes se encuentren con Jesucristo. **Roguemos al Señor**.

- Para que recemos siempre con fe y perseverancia para que el Señor bendiga con vocaciones a la Iglesia y a la familia agustiniana. **Roguemos al Señor**.

- Para que nuestra comunidad este abierta a los jóvenes, y para que puedan encontrar en ella la acogida que necesitan y así respondan a la llamada de Dios. **Roguemos al Señor**.

- Por todos los que aquí presentes para que renovemos día a día nuestra vocación como agustinos/as. **Roguemos al Señor**.

PADRE NUESTRO

ORACION FINAL (TODOS JUNTOS)

Señor y Dios nuestro, atiende nuestra oración y escucha nuestros deseos. No pedimos solamente por nosotros y por nuestra comunidad, sino también por la familia agustiniana y por toda la humanidad.

Señor y Dios nuestro, luz de los ciegos e iluminación de los que ven, fortaleza de los débiles y sostenimiento de los fuertes, presta atención a nuestro corazón y atiende lo más profundo de nuestro ser.

Si tus oídos no captasen nuestras honduras, ¿A dónde iríamos o a quien clamaríamos? Tú que vives y reina por los siglos de los siglos. Amén
(Basada en *Conf.* 11, 2,3)

VÍSPERAS AGUSTINIANAS

Dios mío ven en mi auxilio...

Señor date prisa en socorrerme…

HIMNO:

Que siempre sea humano, Señor.

Que comprenda a los hombres y sus problemas.

Hombre soy, como ellos.

Hombres son, como yo.

A mí me toca hablarles. A ellos escuchar.

Yo hago llegar a sus oídos el sonido de mi voz.

Y, por mis palabras, trato de compartir con ellos lo que yo mismo he comprendido.

Que lo haga lo mejor posible, Señor, para que ellos lleguen también a comprenderlo en su interior. ¿Cuál sería, si no la razón de mis palabras?

Óyeme, Señor. Recréame, pues me creaste.

Hazme transparente, pues me iluminaste.

Haz que mis oyentes, iluminados por ti, escuchen tu Palabra por medio de mí. (*Sermón* 120, 3)

SALMO SOBRE LA REGLA DE SAN AGUSTÍN

ANTIFONA: ¡Qué bello y qué agradable cuando los hermanos habitan en uno! (*In ps*. 132, 1, 2)

Alegraos de vuestra fraternidad más que de
vuestras diferencias personales, a fin de que
la soberbia que está siempre al acecho de
las buenas obras, no os haga perecer.

Anteponed, por tanto, las cosas comunes a

las propias, y no las propias a las comunes.
La solicitud por lo común es la medida
de la perfección.

Aplicaos con instancia a la oración, sobre
todo en las horas y tiempos señalados.

Y, al orar, saboread en el corazón lo
que decís con los labios.

Vivid con tanta moderación como os permita

vuestra salud. Cuanto más sanos estéis, tanto más alegres debéis sentiros de vuestra frugalidad y con tanto mayor empeño debéis servir a los que precisan un trato especial.

No os hagáis notar por vuestro porte, sino por vuestra conducta. No deis lugar a contiendas por el hábito del cuerpo, ayudaos mutuamente a guardar vuestro hábito interior. De este modo, Dios

que habita en nosotros os guardará mejor por medio de vosotros mismos.

Gloria al Padre...

ANTÍFONA: ¡Qué bello y qué agradable cuando los hermanos habitan en uno! (*In ps*. 132, 1, 2).

SALMO SOBRE *DE TRINITATE* (15, 28, 51)

ANTÍFONA: Señor, por amor de tu amor hago lo que hago (*Conf*. 2, 11,1).

Señor, tú que nos diste el que te encontráramos

y el ánimo para seguir buscándote,

no nos abandones al cansancio ni a la desesperanza.

Haznos buscarte siempre, y cada vez con más ardor.

Y danos fuerzas para adelantar en tu búsqueda.

Ante ti ponemos nuestra fortaleza. Y con ella nuestra

debilidad. Acreciéntanos la primera y cúranos la segunda.

Ante ti ponemos nuestra ciencia. Y con ella nuestra
ignorancia. Allí donde nos abriste, recíbenos,
pues estamos entrando. Allí donde nos cerraste,
ábrenos, pues estamos llamando.

Que nos acordemos de ti. Que te comprendamos.
Que te amemos. Aumenta en nosotros tus favores
hasta que totalmente nos reformemos en ti.

Gloria al Padre…

ANTÍFONA: Señor, por amor de tu amor hago lo que hago (Conf. 2, 11,1)

LECTURA BREVE: 1ª Cor 9, 16-18.

Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio! Si lo

hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Mas sí lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado. Ahora bien, ¿cuál es mi recompensa? Predicar el Evangelio entregándolo gratuitamente, renunciando al derecho que me confiere el Evangelio.

ANTÍFONA DEL MAGNÍFICAT: *Señor, para que no me enorgullezca de lo poco que tengo, dame reconocer lo mucho que me falta (In ps. 38, 8)*

MAGNÍFICAT

PETICIONES

- Señor, ayúdanos a mantenernos fieles a nuestra vocación y atentos a las necesidades de nuestros hermanos los hombres. Roguemos al Señor.

- Para que vivamos y seamos testimonio del proyecto de vida común que nos dejó nuestro padre San Agustín. **Roguemos al Señor**.

- Pidamos por todos los agustinos de nuestra Orden y por toda la familia agustiniana para que vivamos con alegría nuestra vocación. **Roguemos al Señor**.

- Para que nuestra oración al dueño de la mies para que envié obreros, vaya unida también nuestra responsabilidad para asumir nuestra tarea en la pastoral vocacional. **Roguemos al Señor**.

- Por todos los que aquí presentes para que nunca nos abandonemos al cansancio ni a la desilusión. **Roguemos al Señor**.

PADRE NUESTRO

ORACION FINAL (TODOS JUNTOS)

Oh Señor, hazme mejor cada día,

y cada día revélame tus secretos.

Tu Palabra es mi gozo.

Tu voz supera toda afluencia de deleite.

Dame lo que amo, pues ya amo,

y tú me diste el que amara.

No abandones tus dones, ni desprecies

a esta pequeña hierba sedienta.

Que cuanto encuentre en tus libros,

oyendo la voz de la alabanza,

te confiese a ti. Que sacie mi sed

bebiendo y meditando las maravillas de tu ley.

Desde el principio, cuando hiciste el cielo y la tierra,

hasta la venida final de tu reino,

cuando estemos todos contigo en la ciudad santa…

Por Jesucristo Nuestro Señor (Conf. 11, 2, 3).